Roberto Muñoz Bolaños

Las conspiraciones del 36

Militares y civiles contra el Frente Popular

ESPASA

Roberto Muñoz Bolaños

Las conspiraciones del 36

Militares y civiles contra el Frente Popular

ESPASA

© Roberto Muñoz Bolaños, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Preimpresión: Safekat, S. L.

Iconografía: Grupo Planeta
Imágenes de interior: © Album y © Oronoz
Organigrama de la página 308 y mapa de la página 435: Jesús Sanz (jesussanz.com)

Depósito legal: B. 12.129-2019
ISBN: 978-84-670-5582-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Rodesa, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico.**

Índice

Introducción 13

PRIMERA PARTE
Las conspiraciones civiles (1931-1935)

1. La situación de partida 25
2. El régimen republicano: las causas de las conspiraciones 33
3. La primera conspiración alfonsina: carlistas y nacionalistas vascos y catalanes 47
4. La «Sanjurjada» (10 de agosto de 1932) 53
5. Los militares: Goded, la UME y la UMRA 59
6. La segunda conspiración alfonsina: carlistas, fascistas y militares 67
7. El proyecto carlista 73
8. El fracaso de Gil-Robles 77

SEGUNDA PARTE
Las conspiraciones militares
La operación carlista
Enero-mayo de 1936

9. Primera etapa (enero-febrero de 1936) 87
El fracaso de la coalición antirrevolucionaria 88
El golpe de Goded 92

10. Segunda etapa (febrero-mayo de 1936) 101
El Frente Popular llega al poder 102
El plan de la Junta de Generales 113
La operación carlista 135

TERCERA PARTE
La conspiración de Mola

11. Contexto histórico (mayo-julio de 1936) 163
Mola, «El Director» 164
La corta marcha a la Guerra Civil 184

12. Civiles y militares 219
El proyecto político de los generales 219
Las organizaciones políticas 225
Partidos republicanos moderados 226
Falange Española de las JONS 234
Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA) 238
Renovación Española 247
Comunión Tradicionalista 259
Partidos nacionalistas conservadores 272

13. La trama militar 289
El proyecto de Mola: recursos humanos, fases y apoyo exterior 289
1.ª División Orgánica 308
Madrid 309

Ciudad Real 318
Cuenca 320
Toledo 320
Badajoz 322
2.ª División Orgánica 323
Sevilla 326
Cádiz 329
Málaga 333
Almería 335
Granada 337
Córdoba 339
Huelva 341
Jaén 342
3.ª División Orgánica 343
Valencia 344
Murcia 352
Alicante 354
Castellón 356
Albacete 358
4.ª División Orgánica 359
Barcelona 361
Gerona 366
Lérida 368
Tarragona 370
5.ª División Orgánica 371
Zaragoza 372
Guadalajara 374
Huesca 377
Teruel 378
Soria 379
6.ª División Orgánica 380
Burgos 381
Navarra 383
Logroño 385
Álava 386

Vizcaya 387
Guipúzcoa 389
Palencia 391
Santander 391
7.ª División Orgánica 393
Valladolid 395
Segovia 398
Salamanca 399
Zamora 401
Ávila 401
Cáceres 403
8.ª División Orgánica 404
La Coruña 408
Lugo 411
Orense 412
Pontevedra 413
León 414
Comandancia Militar Exenta de Asturias 415
Comandancia General de Baleares 421
Comandancia General de Canarias 423
Marruecos 428

CONCLUSIÓN 457

AGRADECIMIENTOS 463

BIBLIOGRAFÍA 465

ÍNDICE ONOMÁSTICO 481

1
La situación de partida

> A cualquiera que se asome sin ojos metafísicos a lo que estaba ocurriendo en España desde comienzos del siglo [XX], le saltará a la vista la profundidad de los cambios experimentados por su sociedad. El éxodo masivo de campesinos, el crecimiento de las ciudades, la densidad y variedad de la creación cultural, la formación de una «clase media científica», la pasión de sus jóvenes por salir a Europa a completar estudios, la aparición de una clase empresarial, el auge de una sociedad profesional, la masiva afiliación sindical, los incipientes movimientos feministas: todo eso es lo que define la nueva vida social de las principales ciudades españolas desde principios del siglo y, muy especialmente, desde el comienzo de la Gran Guerra. No fue el predominio de una España arcaica, atrasada, en la que el peso de los terratenientes y el mundo rural impusieran su ley, lo que explica los conflictos sociales y políticos del primer tercio del siglo, sino más bien los problemas derivados de la rapidez y profundidad de los cambios: España era desde 1900 una sociedad en movimiento.

Los conflictos a los que se refiere Santos Juliá[1] tenían causas profundas y se manifestarían con toda su virulencia en la década de 1930. En el orden económico, España había caído en lo que

Payne denomina la «trampa del desarrollo», una situación que provocaría los mayores enfrentamientos: «El crecimiento había sido lo suficientemente grande como para fomentar la reivindicación de mejoras más rápidas; sin embargo, no se dispondría de medios para responder a estas demandas hasta que el país lograra alcanzar una fase de modernización más madura»[2]. Sin embargo, las masas populares, especialmente los 2 millones de campesinos sin tierra y los 4 millones de trabajadores urbanos, imaginaron que con la llegada de la República se solucionarían todos los males que soportaban. El resultado fue que todas esas expectativas, al no verse satisfechas, provocaron su radicalización, contribuyendo así a la desestabilización del régimen.

La «trampa del desarrollo», aunque importante, no fue el único factor que explicaría los conflictos que definieron a nuestro país en el primer tercio del siglo XX, especialmente durante la época de la Segunda República (1931-1936) y que culminaron en la Guerra Civil (1936-1939). En este sentido, se hace necesario mencionar otros tres.

1. La legitimación de la violencia como forma de acceso al poder. El origen de este proceso hay que buscarlo en la incapacidad de las élites socioeconómicas y del propio Alfonso XIII para adecuarse al proceso de modernización social, frenando así el paulatino deterioro del régimen de la Restauración. Para hacer frente a ese desafío podían haber optado por una progresiva democratización, que probablemente habría permitido superar la crisis existente, integrando a la izquierda, particularmente al PSOE, en el sistema. Sin embargo, optaron por la vía contraria. Así, cuando en 1923 un grupo de parlamentarios socialistas, republicanos e incluso liberales dinásticos comenzó a exigir responsabilidades por los desastres acaecidos en la guerra de Marruecos desde 1921 —Annual[3]—, la Corona y esas élites apostaron por el Ejército y apoyaron el golpe de Estado

que el capitán general de Cataluña, teniente general Miguel Primo de Rivera y Orbaneja, dio en la noche del 12 al 13 de septiembre de 1923. La dictadura subsiguiente no solo supuso a medio plazo el fin de la monarquía, sino que acabó con cincuenta años de tradición liberal y parlamentaria, impidiendo la natural evolución hacia la democracia, «estrangulando a un recién nacido»[4]. Pero hubo dos consecuencias más que influirían notablemente en el periodo republicano. La primera, que «legitimó de nuevo el recurso a la violencia y a las armas para alcanzar el poder y cambiar de hecho un régimen político»[5]. Esta legitimación de la violencia fue utilizada a partir de entonces por la izquierda y por la derecha, culminando en julio de 1936. La segunda, que «provocó el ascenso social de nuevas élites políticas de derechas, salidas de los regeneracionistas, del catolicismo social, del maurismo y del tradicionalismo. Se trataba de unos sectores marcados por cierto autoritarismo y por el gusto por fórmulas corporativistas y dirigistas»[6]. Los principales líderes de la derecha en el periodo republicano pertenecerían a este grupo: José Calvo Sotelo, José María Gil-Robles y Antonio Goicoechea.

2. La cultura militar occidental. Con este término nos referimos a una forma de pensamiento castrense surgida en Europa a mediados del siglo XIX que se definió por su carácter conservador, incluso reaccionario. Se articulaba en torno a un conjunto de valores muy precisos:

— Ultranacionalismo primario, apoyado en una mística y en unos conceptos clave, como el amor a la patria o el deber de defenderla frente a cualquier enemigo. Este planteamiento derivaba en una postura peligrosa: los militares no debían lealtad al Gobierno de turno, sino al concepto más abstracto de *Nación*. Así, se sintieron legitimados para actuar en política cuando sus intereses

—que para ellos eran los de la Nación— se ponían en peligro[7].

— «Profesionalismo», que les llevó a considerar los asuntos militares dentro de su esfera exclusiva de decisión, impidiendo y rechazando la intervención de los civiles en los mismos.
— Cohesión interna.
— Lealtad a la Corona.
— Autonomía frente a los políticos civiles.
— Desconfianza hacia el sistema democrático y el movimiento obrero.

Estos valores proporcionaron a los militares una mentalidad que tendía a identificarse con la de las élites tradicionales, de las que procedía la mayoría de la oficialidad en el caso de los Imperios alemán, austrohúngaro o ruso, aunque también existía un fuerte componente endógeno en su composición. Igualmente, al ser cada vez más opuestos a la cultura política dominante en Europa Occidental durante el siglo XIX, provocaron numerosos conflictos entre los militares y sus gobernantes civiles[8].

En el caso de España, la asunción de la cultura militar occidental resultó lenta, ya que, a diferencia del resto de países europeos, el Ejército se caracterizaba por dos aspectos fundamentales. Por un lado, fue el instrumento esencial para el establecimiento del sistema liberal, al derrotar a la facción militar que defendía el Antiguo Régimen en la Primera Guerra Carlista (1833-1839/1840). Por otro, se convirtió en un actor clave en el proceso de toma de decisiones políticas, actuando no como una institución unida, sino como un conjunto de facciones donde no primaban los valores de la cultura militar occidental —respeto por el orden constituido, defensa a ultranza de la Corona, cohesión interna, defensa de la jerarquía y la disciplina, vinculación con las élites tradicionales—, sino una cultura

propia de partido. Esta división alcanzó su punto culminante en el reinado de Isabel II (1843-1868) con el «Régimen de los Espadones» y, sobre todo, en la Gloriosa Revolución de 1868, en la que fue el propio Ejército el que derribó a la monarquía isabelina.

No obstante, dos procesos históricos marcaron un cambio de mentalidad en el Ejército español. El primero, el Sexenio Revolucionario (1868-1874) y, más concretamente, la Primera República, durante la cual tuvo lugar la revolución cantonalista, que puso en peligro la unidad de España. Este proceso fue la causa del primer golpe de Estado institucional de nuestra historia, el que ocurrió el 3 de enero de 1874, encabezado por el capitán general de Castilla La Nueva, teniente general Manuel Pavía y Rodríguez de Alburquerque, apoyado por la totalidad de sus compañeros, con el objetivo de evitar que el federalista Eduardo Palanca Asensi alcanzara la Presidencia de la República. Tras el triunfo de la operación se estableció una dictadura militar encabezada por el teniente general Francisco Serrano y Domínguez, que gobernó al frente de un Ejecutivo integrado por todos los partidos, salvo el carlista y el cantonalista, y que terminó con otro pronunciamiento militar, el del general de brigada de Infantería Arsenio Martínez Campos en Sagunto (Valencia), el 28 de diciembre de 1874, que abrió el paso a la restauración de los Borbones en la persona de Alfonso XII. Durante este periodo (1874-1931), pareció que los valores que dominaban la cultura militar occidental se imponían definitivamente en el Ejército español gracias a la política de Antonio Cánovas del Castillo y a la creación de la figura del «Rey soldado». Sin embargo, acontecimientos como las campañas de Marruecos (1909-1926), la aparición de las Juntas de Defensa (1917), la dictadura del teniente general Primo de Rivera, la «cuestión artillera» (1927) o las sublevaciones militares republicanas de 1930 constataron que este proceso estaba muy lejos de

consolidarse, como se demostró durante la Segunda República (1931-1936) con la aparición de la derechista y golpista UME y la republicana e izquierdista UMRA. El resultado fue que los valores sobre los que se sustentaba la cultura militar occidental fueron precisamente los que empujaron a un sector mayoritario del Ejército a sublevarse en julio de 1936, y su retraso en su asunción explicaría su división en aquel momento, lo que constituye una de las causas fundamentales del conflicto civil[9].

3. El tercer factor fue la «brutalización» de la política que caracterizó el periodo de entreguerras en toda Europa. Este concepto adquirió carta de naturaleza académica con la publicación de la obra de George L. Mosse, *Soldados caídos*[10], en 1990. No obstante, no era una idea original del historiador germano-norteamericano, sino que ya había sido desarrollada por el teórico marxista alemán Karl Kautsky en 1920, que lo vinculó con tres acontecimientos que tuvieron lugar entre 1850 y 1920: la extensión del servicio militar universal, que «cultiva la afición a la lucha sangrienta»[11]; la Primera Guerra Mundial, que «brutalizó a casi todas las capas de la población» y «fomentó la aparición de concepciones primitivas porque desarrolló intensamente las ideas militaristas»[12], y la Revolución bolchevique de 1917 y sus consecuencias, que implicaron el «desencadenamiento de la guerra civil en el mundo durante una generación»[13].

En España, esta «brutalización» adquirió gran intensidad durante la Segunda República, a pesar de la no participación en la Gran Guerra y de que el servicio militar universal[14] se introdujo tardíamente. Fue el tercer componente mencionado —el triunfo comunista en Rusia— el que desempeñó un papel clave como desencadenante de una dialéctica de revolución-contrarrevolución que culminó en el conflicto civil. La influencia del proceso revolucionario de 1917 tuvo una enorme importancia también en el ámbito militar. Azaña, en la entrada de sus *Diarios* correspondiente al 28 de junio, citaba el caso del general

Goded, uno de los militares más destacados del Ejército español y también de los más liberales —su mentor político era Melquíades Álvarez[15], que había conspirado contra el teniente general Primo de Rivera—, sobre el que escribió: «Miedo a la indisciplina de la tropa. Una vez más me ha recordado las atrocidades de los soldados rusos con sus jefes cuando triunfó el bolchevismo: "¡Crucificaron a los coroneles!"»[16].

Notas

[1] Niall Fergusson, *Historia virtual. ¿Qué hubiera pasado si…?,* Comunicación y publicaciones, Barcelona, 2005, pág. 17.

[2] Stanley G. Payne, *El camino del 18 de julio. La erosión de la democracia en España (diciembre de 1935-julio de 1936),* Espasa, Madrid, 2016, pág. 22.

[3] Roberto Muñoz Bolaños, «Preludio de tormenta: el general Fernández Silvestre en Melilla (febrero 1929-junio 1921)», *Desperta Ferro: Contemporánea,* 30 (2018), págs. 12-19.

[4] Raymond Carr, *España 1808-1975,* Ariel, Barcelona, 1982, pág. 505.

[5] Niall Fergusson, *Historia virtual,* ob. cit., pág. 21.

[6] Luis Palacios Bañuelos, *Las bases de la España actual: ¿por qué llega la Segunda República y hacia donde va?,* Dilex, Madrid, 2016, pág. 61.

[7] Samuel E. Finer, *Los militares en la política mundial,* Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1969, págs. 38-83.

[8] Sobre la cultura militar occidental véanse Isabel V. Hull, *Absolute destruction. Military culture and the practices of war in Imperial Germany,* Cornell University Press, Ithaka, 2005, págs. 93-103 y Maury D. Field (ed.), *The structure of violence: Armed Forces as social systems,* Sage Publications, Beverly Hills, 1977

[9] Roberto Muñoz Bolaños, «El gran bastión del Franquismo», *Pasado y Presente,* 15 (2016), págs. 256-258.

[10] George L. Mosse, *Soldados caídos: la transformación de la memoria de las dos guerras mundiales,* Prensa de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2017.

[11] Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo,* Biblioteca Nueva, Madrid, 1920, pág. 191.

[12] Ibíd., pág. 199.

[13] Ibíd., pág. 274.

[14] Véase Julio Aróstegui (ed.), «La militarización de la política durante la II República», *Historia Contemporánea,* 11 (1994), págs. 11-179; Fernando de Rey Reguillo, *Palabras como puños: la intransigencia política en la Segunda República española,* Tecnos, Madrid, 2011, págs. 17-42. Sobre la historiografía española acerca de este fenómeno, véase Eduardo González Calleja, *Cifras cruentas: las víctimas mortales de la violencia sociopolítica en la Segunda República española (1931-1936),* Comares, Granada, 2015, págs. 15-55.

[15] «Recuerdo que Goded me dijo un día que el siente *veneración* por don Melquíades Álvarez y que nunca hará más que seguir su consejo». Manuel Azaña, *Diarios completos,* Crítica, Barcelona, 2000, pág. 543.Goded era un hombre de inmenso prestigio en el seno del Ejército y estaba considerado una figura superior a la del propio Franco. Véase Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles,* Librería Española, París, 1968, vol. I, pág. 82. Azaña también le consideraba un militar capaz y quiso «reconciliar a Goded con el régimen y con la política general de la República, empresa que no había intentado con otros, que son simples mamotretos». Manuel Azaña, *Diarios completos,* ob. cit., pág. 543.

[16] Ibíd., pág. 544.